

2. Hemos venido para estar con Él

Cuando Jesús mira con compasión a las multitudes porque son como ovejas perdidas sin pastor (cf. Mt 9,36), piensa precisamente en la desorientación del corazón humano. Ve que los corazones no saben hacia dónde se dirige su deseo, ya no saben lo que quieren, ya no son conscientes de lo que realmente desean. Como los niños, dicen: “¡Quiero, quiero, quiero...!”, pero no saben a quién quieren realmente.

Jesús sabe muy bien que todos los corazones le desean a Él, que están hechos para encontrarse con Él y para estar con Él. Pero, ¿cómo ayudar a la inmensa multitud de la humanidad a llegar hasta Él, a acoger en Él la alegría plena del corazón? Él no pone barreras entre el corazón del hombre y su presencia. Grita a todos: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré” (Mt 11,28).

¡Qué misterio! Toda la multitud estaba allí, en el desierto, siguiendo a Jesús, sedienta de su palabra, de sus milagros, pero Jesús veía en el deseo de toda esa gente una última disociación entre lo que Él daba y Él mismo, que se entregaba. En ello veía que eran como ovejas perdidas sin pastor. Por eso pide que se rece al Padre para que envíe obreros a la mies madura, porque todos estaban allí por los dones de Jesús, pero aún no para estar con Él, para encontrar en Él el Pan de vida que sacia verdaderamente el corazón creado para Dios.

“*VOLO TECUM* – Quiero estar contigo”. En el fondo, esta es la respuesta más verdadera, más sencilla y más universal que cada uno de nosotros debería dar a la pregunta “*Ad quid venisti?* – ¿Para qué has venido?”. Cristo mismo es el fin esencial de nuestra vocación, de toda vocación cristiana, de la vocación de todo bautizado; pero, en el caso de la vocación monástica, es el fin exclusivo, al que hay que subordinarlo todo, por lo que hay que renunciar a todo. San Benito es muy claro al respecto; de hecho, al final de la Regla, al final del capítulo 72, en el que resume los puntos esenciales de la vida de los monjes, exclama, con voz fuerte y clara: “Nada absolutamente antepondrán a Cristo” (RB 72,11). No se trata de no preferir nada a una idea, a un ideal, a una doctrina, sino a una Presencia con la que estar, con la que vivirlo todo. Porque, añade inmediatamente Benito, es precisamente la presencia de Jesús y la comunión con Él lo que “nos lleva a todos juntos a la vida eterna” (cf. RB 72,12). Estar con Jesús significa, de hecho, estar con Aquel que es “el camino, la verdad y la vida” de nuestra vida (cf. Jn 14,6).

“*VOLO TECUM* – Quiero estar contigo”. Esta es la expresión más sencilla y pura del deseo de nuestro corazón. Es la razón más verdadera y sencilla por la que cada uno de nosotros entra en el monasterio o sigue a Jesús en cualquier otra forma de vida cristiana. Hay quienes están llamados a estar con Jesús siguiéndole en la vida matrimonial, en el mundo laboral; hay quienes están llamados a estar con Jesús en el sacerdocio ministerial, en la vida misionera; hay quienes están llamados a estar con Jesús sin una forma vocacional concreta, pero quizá aceptando una forma de soledad o una vida difícil y agotadora, por ejemplo, en la enfermedad.

Al visitar a los reclusos, he encontrado personas para las que la pena de prisión se ha revelado como una ocasión de encuentro y comunión con Jesús, vividas con una intensidad que supone un fuerte llamamiento también para nosotros, monjes y monjas.

Esta pureza de intención a la hora de responder a la pregunta “¿Por qué has venido?” no es tanto una cuestión de virtud adquirida, sino de sinceridad a la hora de vivir la propia humanidad. Me explico. Entrar en un monasterio o seguir y servir al Señor en otras formas de vida consagrada, tanto en el sacerdocio ministerial como en la vida familiar, por la sencilla razón de querer estar con Jesús, no exige una capacidad extraordinaria ni una madurez espiritual especial, sino que se dé rienda suelta a la propia vocación escuchando la necesidad profunda de nuestro corazón. Jesús, antes de llamarnos a una forma concreta de vocación y misión, nos llama a estar con Él para saciar la sed de nuestro corazón, creado para Él, creado para estar siempre con Él. De hecho, al describir la llamada de los apóstoles, san Marcos dice: “E instituyó doce *para que estuvieran con él* y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios:” (Mc 3,14-15). Antes que para cumplir una misión, Jesús nos llama a estar con Él. La forma y la misión de una vocación no son más que la consecuencia o la irradiación de la gracia de poder estar con Jesús.

La autenticidad de una vocación debe evaluarse en este aspecto. Es cierto que, a menudo, seguimos un camino porque nos sentimos atraídos por la forma que adopta una vocación concreta, por lo que esa vocación nos permite vivir, hacer o llegar a ser. Pero una vocación es verdaderamente auténtica si, tarde o temprano, nos damos cuenta de que lo que realmente nos ha atraído no es la forma de la vocación —que tal vez nos pueda ser arrebatada o pueda volverse, con el tiempo, agotadora y poco atractiva—, sino su esencia. Y la esencia es siempre estar con Jesús, la comunión con Cristo.

Ciertamente, siempre nos sentimos tentados a aferrarnos a lo superficial para sentirnos seguros. Creemos encontrar mayor seguridad en las cosas que controlamos que en entregarnos a una relación personal en la que debemos convivir con la libertad del otro, además de con la nuestra. A menudo preferimos basar nuestra vocación en lo que hacemos por Cristo en lugar de en Cristo mismo. En este sentido, san Benito recomienda al abad que no se preocupe demasiado por las “cosas transitorias, terrenas y efímeras” en lugar de por la salvación de las almas (cf. RB 2,33).

No siempre es fácil mantener presente que el monasterio es, en esencia, la “casa de Dios” (RB 31,19; 53,22; 64,5) y, por lo tanto, el lugar donde estar con Él, y no una institución con otros fines que acaban relegando la relación con el Señor a un segundo plano en el espacio y el tiempo cotidianos. Es significativo que san Benito exija que en el oratorio del monasterio no se haga ni se coloque nada que no esté consagrado exclusivamente al culto de Dios, a la oración y a la comunión con Él, tanto comunitaria como personal (cf. RB 52). La realidad temporal, por muy legítima que sea, como el trabajo, no debe empañar nuestra comunión con Dios. Es más bien la comunión con Dios la que debe iluminar la realidad temporal.